



LA GITANILLA DE MADRID.

ROMANCE EN QUE SE REFIERE, COMO ANDANDO POR la España, vinieron á parar á Zaragoza, y en manos de la Justicia por un falso testimonio, y entañdo sentenciada á la horca, se descubrió ser hija del Virey, con otras particularidades.

SEGUNDA PARTE.

Ya dije como mandó el Rey, que ante su presencia aquella proxima noche trajesen la hermosa Estela, que este fué el nombre que tuvo aquella beldad suprema: cumplíose el Real mandato con muy grande diligencia, entró por el Real Palacio, subió, y con mucha destreza hizo los acatamientos ante la Magestad Regia, y postrándose á sus plantas sus Reales manos besa, diciéndole: gran Señor, á quien Dios por su clemencia prospere felicidades y aumente la Real Diadema,

á vuestras plantas me rindo, sujeta á vuestra obediencia. El Rey mandó que al instante un sarao se dispusiera, ordenóse y con tal arte se portó la bella Estela, que quedó admirado el Rey, aficionada la Reyna; apasionados los Grandes, y todos á competencia le rendian los aplausos, victores, y enhorabuenas. Dijo el Rey que este sarao á la noche venidera se habia de proseguir, que era gusto de su Alteza, y le dió de regalía diez mil escudos á Estela;

acabose la funcion,
cuando sagaz, y discreta;
haciéndoles el cortejo,
pídióle al Rey la licencia
para partir, y de todos
se despidió con prudencia;
quedaron muy admirados
de su docta inteligencia;
pero el Conde de Valverde,
que con mayor advertencia
atendia á sus acciones,
y habilidades diversas,
quedó tan apasionado,
que si bien se considera
se le trasformó el festin
en un piélago de ideas,
en un Vesubio amoroso,
príncipe de sus tragedias.
Hallabase tan prendado,
que sentidos, y potencias
voluntariamente ofrece,
sin que atienda á su nobleza.
Vino la siguiente noche.
y si bien en la primera
se portó Estela, parece
que en la segunda se empeña,
à que con admiraciones
celebren su gentileza,
siendo para el Conde, como
el que añade al fuego leña:
Prosiguió, en fin, muchas noches
siendo en cada una de ellas
un prodigio los aplausos.
que logró, con que la Reina
viendo del Rey los extremos,
empezó á formar sospechas,
y se trocó su aficion
en zelos, que le atormentan;
y para salir de dudas,
y dar fin á sus quimeras,
dió orden secretamente,
que de la corte salieran

Estela; y su compañía,
sin que en un punto se detengan,
so pena de su desgracia.
Supieronlo; y con presteza
ordenaron su partida
con notable diligencia;
llegó al Conde de Valverde
la noticia de esta ausencia,
el cual instantaneamente
pidió que se detuvieran;
pero le satisficieron,
diciendole, que era fuerza
salir luego de la corte,
que su Magestad lo ordena.
Quedose pasmado el Conde,
pero como considera,
que dentro su corazon
se quedaba Estela impresa,
decia consigo mismo,
si este lucero se ausenta,
¿quién dará alivio á mis ansias,
y á mis pensamientos treguas?
¿Quién ha de poder vivir
sin gozar de su presencia?
Conde soy, y ella Gitana,
mas que importa que lo sea
¿acaso seré el primero,
que desluce su nobleza?
Dios fué quien me crió Conde,
y á ella en tan baja esfera,
pero tambien puede ser,
que esté viviendo encubierta,
y en fin, sea lo que fuere,
yo no puedo estar sin ella.
Llamó a parte al que juzgaba
Padre de aquella belleza,
y le dijo: Señor mio,
ya que la fortuna adversa
de esta suerte lo ha ordenado,
es preciso que usted sepa,
como estoy determinado
(sin lisonja en la materia)

ser dichoso marido
de la bellísima Estela:
á que respondió el Gitano:
Señor; mire su Excelencia,
que de una á otra parte
es mucha la diferencia,
y aquesta desigualdad
puede suceder, que sea
motivo de arrepentirse,
cuando remedio no tenga;
no faltan en esta corte
damas á su igual esfera:
dijo el Conde: es imposible,
porque si posible fuera,
no llegara á tanto extremo,
ni en tal confusion me viera.
Replicó el Gitano, y dijo:
pues si el amor que profesa
su Excelencia es verdadero
se ha de examinar la prueba,
para quedar satisfechos,
y ha de ser de esta manera:
que si pretende lograr
lo que su afición desea,
se ha de venir con nosotros
vistiendo nuestra librea
dos años corriendo mundo,
y sabrá por experiencia
nuestro modo de vivir,
y si al cabo se contenta,
luego puede disponer
lo que de su gusto sea.
Aceptó el Conde el partido;
que el amor mucho atropella,
y luego instantaneamente
todos sus estados deja
en manos de un tío suyo,
diciéndole: que se ausenta
de la corte en gran secreto
á cumplir una promesa.
Vistiose en fin de gitano,
(¡qué caro el amor le cuesta!)

trocó su palacio rico
su regalo, y su asistencia
por el trage de Gitano,
que es la última miseria;
quien blandas camas tenía,
que al cuerpo descanso dieran,
ahora diversas noches
en el campo á la inclemencia
del tiempo se ve obitado,
sia que remediarlo pueda;
pero nada siente el Conde,
todo con gusto lo lleva,
porque á vista de quien ama
todo es gloria, nada es pena.
Cumplidos veinte y dos meses
cabales, por buena cuenta,
llegaron á un lugarillo,
de Zaragoza dos leguas,
y en el meson se hospedaron,
que así lo quiso su Estrella.
Tenia este Mesonero
una hija, que en belleza
pudo competirle á Venus,
y enamorada y resuelta
del Conde, nuevo Gitano,
le hacia dos mil finezas;
pero viendo que no hallaba,
alguna correspondencia,
determinó declarar
la pasión que le atormenta,
él se defendió diciendo:
que á su amor freno pusiera,
porque no le convenia,
y ella porfiaba necia;
diciendo con él se iría;
y viéndola tan resuelta
el Conde la desengaña;
mas viendo que la desprecia,
quiso tomar de él venganza,
y en su maleta le encierra
una bajilla de plata,
y cuando estuvieron fuera,

dijo á su padre, que falta
la plata, que dicha queda:
fuese el padre á la Justicia,
salieron mas de cuarenta
hombres, y los alcazaron,
registráronlos, y encuentran
las prendas con que el Alcalde
falto todo de paciencia,
los ultrajó de palabras;
y alzó la mano violenta
para darle un bofetón
al Conde, mas con fiereza
de una cruel estocada
vento cadáver lo deja.
Por fin fueron á la carcel,
y con grillos, y cadenas
al otro siguiente día
á Zaragoza los llevan;
á este tiempo el que era Padre
legítimo de esta Estela
se hallaba siendo Virey,
y fué quien dió la sentencia
de que ahorquen los Gitanos,
y en este tropel de penas
iban las pobres Gitanas
suplicando á la Vireyna
intercediese piadosa
hubese alguna clemencia:
mas no pudo conseguirlo.
Y viendo que el plazo llega
de entrarlos en la capilla,
y que remedio no encuentran,
la que hasta entonces fué madre
fingida de nuestra Estela,
de la Vireyna á las plantas
se postó, y su mano besa,
diciéndole: gran Señora,

como el perdon me concedas,
os declararé un enigma,
que puede ser de que sea
de gran gusto, y ella entonces
deseosa de saberla,
la perdonó, y la Gitana
le dió por estenso cuenta
de todo lo referido
diciéndole, como era
su hija la que miraba,
para mas prueba le enseña
los vestidos, que guardaba
en el cofre, y viendo cierta
la novedad, del contento
quedó desmayada en tierra.
En esto acudió el Virey,
y vuelta en si la Vireyna,
le dió cuenta del suceso,
y tambien declaró Estela,
como el que estaba en la carcel
de muerte con la sentencia,
era el Conde de Valverde,
que ha de casarse con ella;
todo fué gusto, y placer,
fueron, y lo echaron fuera.
El Conde dió su descargo,
y quedó como quien era;
y á los Gitanos les dieron
bienes con que mantuvieran
decentemente su vida,
luego las bodas celebran.
Súpose en la corte el caso,
de lo cual muchos se alegran;
y á la Virgen del Pilar
le hicieron solemnes fiestas
en hacimiento de gracias
de esta dicha placentera.

FIN.

Sevilla: Imprenta de la Viuda de Caro.